

La tormenta populista

El 2016 se cerró con el aldabonazo de incertidumbre que supuso la victoria electoral de Donald Trump en las elecciones estadounidenses. No era un caso aislado. En lo que esos trescientos sesenta y cinco días del año han dado de sí, el Reino Unido había votado en referéndum a favor de su salida de la Unión Europea, en una decisión que hacía temblar los mismos cimientos del proyecto comunitario; Alemania vivía un atemorizador auge de una nueva derecha cada vez más extrema (Alternativa para Alemania), aupada sobre el desconcierto social producido por la llamada crisis de refugiados, mientras que, en Austria, esos mismos postulados quedaban a pocos votos de hacerse con el poder. En Holanda acaban de celebrarse los comicios más inciertos de su historia reciente. El partido antieuropeísta y xenófobo de Geert Wilders ha quedado segundo con algo más del 13% de los votos tras haber encabezado los sondeos durante meses. Francia se avecina como la gran cita electoral del año. Lo que hace no tan poco era la minoritaria, aunque ruidosa, derecha de los Le Pen, tiene una posibilidad nada exigua de hacerse con el Eliseo. Más aún si tenemos en cuenta el desgaste de los conservadores, tras destaparse varios casos de corrupción que afectan a su candidato. Alemania es otra cita crucial en el horizonte cercano.

En toda Europa y en América del Norte cobra fuerza una nueva forma de hacer política. Directa, basada en el recurso fácil, en la máxima emoción, radical en sus objetivos, revolucionaria en su uso de los medios de comunicación —con especial acento en lo digital—, frívola ante el freno constitucional... exitosa electoralmente. Son los llamados *populismos*. A izquierda y derecha. Un fenómeno que no es nuevo en la peripecia política de las democracias occidentales —desde luego

clara en nuestro país— pero que por primera vez se presenta como una sólida opción de gobierno —al menos en algunos casos— amenazando la estabilidad del *statu quo* político e institucional.

Populismo. Una larga historia

Pueden parecer novedosos, pero no lo son tanto. Como tal y con ese nombre, el populismo surgió —como marca ideológica— a finales del XIX en Estados Unidos, cuando el partido demócrata buscó el apoyo de la América rural, enfatizando el elitismo urbano de sus rivales conservadores. Una apuesta que nos suena conocida, a la vista de las tácticas electorales de Donald Trump. Al mismo tiempo, en la Rusia imperial el término *Narodnichestvo* —que en su traducción literal de nuevo equivaldría a la palabra “populismo”— definió las propuestas de la *intelligentsia* revolucionaria que vio en el campesinado ruso la fuerza necesaria a la que interpelar para promover un derrocamiento del régimen imperial, bajo la bandera de una distribución más justa de la tierra. A la derecha, en el siglo XX, los medios y las propuestas del primer fascismo, y otros movimientos similares en Europa, asumieron muchas de las características de aquellos movimientos precursores. En último término, Mussolini —y más tarde Hitler— se presentaban así mismo como interlocutores directos entre el ejercicio del poder y la voluntad del pueblo, una vez eliminados los obstáculos que ofrecía un parlamentarismo desprestigiado tras la Paz de Versalles. En el mundo hispánico, quizás el referente más nítido es el Peronismo, y la exaltación de determinados carismas (el del propio Juan Domingo Perón y del de Evita), como los mejores ejecutores de la voluntad del pueblo. En fechas más recientes, de nuevo a izquierda y derecha, Latinoamérica ha sido uno de los viveros más dinámicos de experiencias populistas, hasta el punto de haberse considerado el propio fenómeno una pulsión exclusiva de la región.

Las claves de una definición

Pero qué es lo que define a ese magma de postulados y partidos que los medios de comunicación y el debate social han etiquetado

como "populismo". El Profesor, Cas Mudde, de la Universidad de Georgia, ha acuñado la definición canónica del término en el debate académico cotidiano: "una ideología tenue que considera que la sociedad se divide en dos grupos homogéneos y antagónicos, la 'gente pura' y la 'élite corrupta'". Es necesario precisar. En efecto, en primer lugar, sería necesario apuntar que el populismo presenta una visión maniquea de la realidad —de la vida política— que se divide entre lo *viejo* (elitista, caduco, corrupto, desconectado de la realidad: el propio concepto de *casta*, en España, por ejemplo) y lo *nuevo* (moderno, joven, cercano a los problemas de la sociedad, con capacidad para transformar radicalmente la realidad). Desde esa división de la práctica de la política, los partidos populistas construyen una interpelación novedosa a la sociedad. Frente a partidos tradicionales, anquilosados por un discurso cada vez más alambicado y menos aprehensible por el ciudadano medio, los populismos construyen, y lo hacen eficazmente, una narrativa con la que *el pueblo* puede sentirse fácilmente identificado. Apelan directamente a sus problemas más concretos y lacerantes, con un recurso constante a la emoción. Desde una relación que tiende a erigirse no tanto desde la racionalidad, como desde el sentimentalismo, reestablecen una conexión entre el individuo y la práctica de la política que se había perdido. Se trata de algo en cualquier caso no exclusivo del populismo, pero que alcanza con él las más altas cotas.

La ideología en efecto es algo *tenue*, carente de profundidad y, sobre todo, adaptable. En último término, el populismo tiende a exaltar desde distintas perspectivas el hecho nacional como algo esencial. El populismo en efecto tiende al nacionalismo. Es algo fácil de ver en los postulados de derecha, pero no tanto en lo que se refiere a la izquierda, donde sin duda el valor de referencia es el universalismo obrero. Sin embargo, en ambos casos hay en el populismo una visión unívoca de la sociedad y de su necesaria transformación en algo nuevo. Una visión *ordenancista* de la realidad. Hay en el populismo una ensoñación sobre lo que debería ser la nación como lo contrario al "enemigo". El presente exige un rechazo radical, pero ese futuro —que exige una transformación total de las estructuras— encierra de un modo u otro, un proyecto de construcción nacional.

La exclusión del contrario es siempre un paso necesario (la actitud agresiva de los populismos para con los medios de comunicación

no afines es un claro reflejo de esta realidad). Y todo ello se lleva a cabo —es importante destacarlo— a través de la sublimación del liderazgo carismático. Una de las características más conspicuas del populismo es en efecto, el constituirse en partidos más de liderazgo que de cuadros. Desde Marie Le Pen a Alexis Tsipras, Nigel Farage, Geert Wilders, Pablo Iglesias o el propio Donald Trump, la persona y su carisma son mucho más relevantes que un enfoque sistémico de la práctica de la política. Todos ellos unidos por un afán común, presentarse a sí mismos como un resumen quintaesenciado de las tribulaciones de los ciudadanos de a pie, como los interlocutores necesarios, frente a la corrupción de la representación política tradicional.

Las causas del auge del populismo en Europa

El politólogo italiano Giovanni Sartori afirmó que un requisito imprescindible para la existencia de una democracia plena es una identificación entre representantes y representados. Esa identificación —que se vehicula a través del apoyo a las propuestas de los distintos partidos políticos en liza— se extiende al desempeño parlamentario de estos. Los miembros de una cámara parlamentaria representan a los ciudadanos desde esa premisa de identificación con el votante. Y la realidad es que —en los últimos años— a ambos lados del Atlántico, se ha producido una quiebra de dicho vínculo. Las razones son variadas, aunque interconectadas. El elemento catalizador fue sin duda la crisis económica iniciada en 2007, que asoló el espacio de prosperidad occidental, que había vivido una etapa de progreso y optimismo prácticamente constantes desde el final de la II Guerra Mundial. Se habían producido otras crisis, pero quizás ninguna tan profunda en sus efectos y, sobre todo, acompañada el auge de la inseguridad global, a través del afianzamiento del terrorismo internacional y de nuevas amenazas de toda índole. No podemos olvidar los constantes y lacerantes casos de corrupción política que han asolado Europa casi sin excepción. España es triste referencia en este ámbito. Ante todo ello, los partidos políticos tradicionales fallaron dramáticamente en ofrecer respuestas, y las medidas que aplicaron para corregir los efectos más inmediatos de la crisis, en muchos casos, pecaron de un unívoco acervo macroeco-

nómico, que en lo que se refería a los problemas concretos de los ciudadanos (desempleo, incertidumbre laboral, pobreza energética, inmigración) pasaba por desapego cuando no por desprecio. Se apuntaló la imagen de una práctica de la política burocratizada y aristocrática, desapegada de la población y desdeñosa ante sus problemas. Es en efecto una realidad insoslayable y que exige una reflexión profunda, que aún está pendiente, que los populismos han florecido por un fallo sistémico de los partidos tradicionales a la hora de producir respuestas y promover políticas adecuadas en un momento de incertidumbre y de cambio de paradigma.

La crisis —y junto con ella los efectos asimétricos de la globalización, que en muchos casos ha resultado en un aumento de la desigualdad— han propiciado una poderosa convulsión que desencadenó en miedo, desconuelo e inseguridad. La falta de una respuesta efectiva explica que se generase un espacio para propuestas políticas alternativas, en un proceso que, hasta la victoria de Donald Trump, parecía que tenía cuño europeo, y en todo caso también latinoamericano. El cuño ideológico concreto ha dependido de las circunstancias históricas de los distintos países en los que han surgido propuestas de carácter populista. Pero todas ellas están unidas por el nexo común de las formas y de los medios. El populismo existe a izquierda y derecha, y es en la historia reciente de cada país donde encontramos la pulsión particular que explica su tramoya ideológica. En lo puramente económico, sea cual sea la orientación de las apuestas populistas, sus propuestas del engaño y del error, son voluntaristas y utópicas (en el peor sentido de los términos) y están llamadas a provocar a la postre una gran frustración.

Las pulsiones regionales

En general en el arco mediterráneo, exceptuando Francia, los nuevos partidos de índole populista reflejan básicamente postulados ideológicos de izquierda. Hablamos de casos como el de Syriza en Grecia, el Movimiento Cinco Estrellas en Italia, o Podemos en España. Se trata de alguno de los estados donde los efectos de la crisis se hicieron sentir con más fuerza, todo ello coadyuvado por la extensión generalizada de sangrantes casos de corrupción política. Se

trata de países que, por su historia, con la presencia en el pasado cercano de dictaduras de carácter militar, no son propicios para el surgimiento de partidos de extrema derecha. En Italia por su parte, desde la II Guerra Mundial, ha sido desde la izquierda desde la que se han planteado opciones de ruptura, ante el predominio sistémico en la vida parlamentaria de la Democracia Cristiana. Todos estos partidos coinciden en una actitud de rechazo a la Unión Europea, identificada como la cuna de políticas neoliberales, que intensificaron los efectos de la crisis económica entre los más débiles.

Países como Francia, Holanda, Alemania o Austria comparten muchos elementos en lo que refiere a los partidos populistas que han logrado arraigo entre su población. En estos casos, hablamos de agrupaciones de un marcado carácter exclusivista, que apelan fundamentalmente a una clase media cada vez más precaria en lo económico —tal es el caso de Francia— o a sociedades ateridas por los desafíos del multiculturalismo, en el momento en el que el terrorismo extremista ha azuzado el rechazo hacia una población inmigrante en pleno auge. Aquí se trata no tanto del efecto más inmediato de la crisis, sino del de la globalización —a la que también hemos hecho referencia—, la quiebra de la seguridad y el debilitamiento de la identidad nacional. Nos encontramos ante movimientos nítidamente nacionalistas, que consideran que el proceso de construcción europeo ha abierto la puerta a un debilitamiento de las capacidades del estado, y a una evaporación de sus valores tradicionales.

En cierto sentido son las mismas pulsiones las que se han dado en los estados del este europeo. Paradójicamente, en una de las zonas más beneficiadas por la entrada en la Unión Europea, tras años de aislamiento y dictadura, lo que contemplamos es un sorprendente auge de movimientos nacionalistas y xenófobos. Destaca entre todos, el caso de Hungría, donde su primer ministro, Viktor Orbán, ha acaudillado alguna de las políticas más restrictivas planteadas en la UE ante la crisis de refugiados procedentes de las zonas de conflicto en Oriente Medio. Es el recurso al miedo. Es esta zona de Europa vivimos la más sorprendente involución a las más rancias formas de nacionalismo exclusivista. Algo que hace no tanto tiempo parecía plenamente superado en la historia del continente. Pero es que, pese a los efectos positivos de la caída del telón de acero y el ingreso en la Unión Europea, la transformación rapidísima que se ha vivido

en toda esta región de nuevo ha generado bolsas de inseguridad, y dista de beneficiar igualmente a todos. La poca vigencia en el tiempo de una determinada cultura democrática favorece, además, el surgimiento de respuestas de carácter populista.

Mientras, como hemos apuntado al comienzo de este editorial, en el Reino Unido el voto a favor de abandonar la Unión Europea venció de manera pírrica. Con ello crecían los fantasmas de una Europa en el que la lógica de la unidad cedía paso a la fragmentación y la rivalidad. A la exclusión. No es extraño que el nuevo inquilino de la Casa Blanca celebrase el éxito del Brexit cuando aún era candidato, y que como presidente apenas haya matizado su crítica al proyecto europeo. Se trata del mismo cliché nacionalista e identitario en ambos países, en los que el recurso ha sido, para Trump o para los *Brexiters*, el retorno a un pasado erigido en arcadia feliz. Un pasado que no va a volver. Ambos votos constituyen a fecha de hoy las victorias más reseñables de toda esa marea populista en pleno auge. Sólo el tiempo dirá si pueden contenerse como excepciones o si son el atisbo de algo más grande. Hablamos en cualquier caso de un fenómeno global en expansión. Los hitos que se han producido en Reino Unido y Estados Unidos —dos de las grandes democracias del planeta— marcan por sí solos esa dimensión global.

Inquietud ante el futuro

Con todo ello, el porvenir está lleno de interrogantes. Una cosa está clara, no todo vale en política y son los ciudadanos los que tienen en su mano las llaves de su futuro. Si bien con muchos fallos, el tiempo que ha transcurrido desde el final de la II Guerra Mundial han supuesto la apuesta por un orden mundial más justo, y por la extensión de la prosperidad a ambos lados del Atlántico. En los últimos años sin embargo el liderazgo inspirador que hizo posibles muchos de esos logros se han tornado en atonía, irresponsabilidad, o mediocridad en gran parte de la clase política. Respuestas fáciles, alternativas sugerentes pero irresponsables, no florecen por mera casualidad; son el resultado de errores y de fallos concretos y tangibles cometidos durante años, con ritmos concretos pero profundos

elementos comunes. En el caso de la corrupción, se trata de la descarada y sistemática comisión de graves delitos.

Los que hasta ahora han llevado el timón de las naves —los partidos tradicionales— tienen una responsabilidad clara en habernos adentrado en la tormenta populista. Los ciudadanos de a pie la tenemos en habernos saciado con una visión de la vida pública corta y complaciente, en la que la participación equivale sólo al voto, y no a un civismo constante capaz de marcar con mayor firmeza la ruta a los que toman las decisiones. Ya sea por acción o por omisión todos somos responsables.

En los albores de citas electorales cruciales, a puertas de una hora solemne para Europa, sólo podemos pedir, a unos y a otros, responsabilidad y serenidad. Solo desde ellas podremos no solo salvar lo mejor del modelo de libertades y de exaltación de los derechos humanos que hemos construido, sino comenzar a solventar muchas de sus innegables deficiencias. Y desde una confianza renovada, colaborar en la tarea urgente de sanar a un mundo atribulado, y cada vez más convulso. Es tarea de todos. ■